

juzgué que el peligro era muy improbable, y resolví salir como de costumbre.

Al ir cruzando mi expedición las torcidas calles de la ciudad, me encontraba por donde quiera con el insólito espectáculo de caras sonrientes, cual si todos comenzasen á respirar con desahogo.

Pronto se apoderó de mí el mismo sentimiento, al atravesar por el adorable paisaje, entre campos de sembradura y colinas revestidas de pinos: cualquier cambio era preferible al miserable cobertizo de Don Sebastián y á las semanas trascurridas en medio de manifestaciones de uraña desconfianza y mala voluntad, sin más compensación que la noble amistad del señor cura.

## CAPÍTULO XXIV

NOMBRE DE TRIBU DE LOS TARASCOS—SUS CARACTERES FÍSICOS—ASEO  
—SALUD—ENFERMEDADES—CONOCIMIENTOS MÉDICOS Y QUIRÚRGICOS—TEMPERAMENTO COLÉRICO—GRANDES ARTESANOS—REBECAS  
TARASCAS—CEREMONIAS MATRIMONIALES—RIGOR DE LAS SUEGRAS  
—EL MAL DE OJO.

LOS tarascos nunca se aplican ese nombre, sino el de *purépecha*, palabra cuyo significado es incierto; ni es más claro tampoco el origen de la palabra *tarasco*, “yerno,” aunque hay varias tradiciones relativas á él.

Por el color se parecen mucho á las otras tribus indias que visité, pero aprovecho esta oportunidad para consignar que allí, como en dondequiera, observé con sorpresa que á las familias que durante varias generaciones se han mezclado con otras tribus y con los blancos, se les llega á poner la piel mucho más oscura. Muchos de los llamados *mixtos* son varias veces más trigueños que los indios puros, lo que especialmente podía notarse en la congregación de gente que había visto en la fiesta del Cristo de los Milagros.

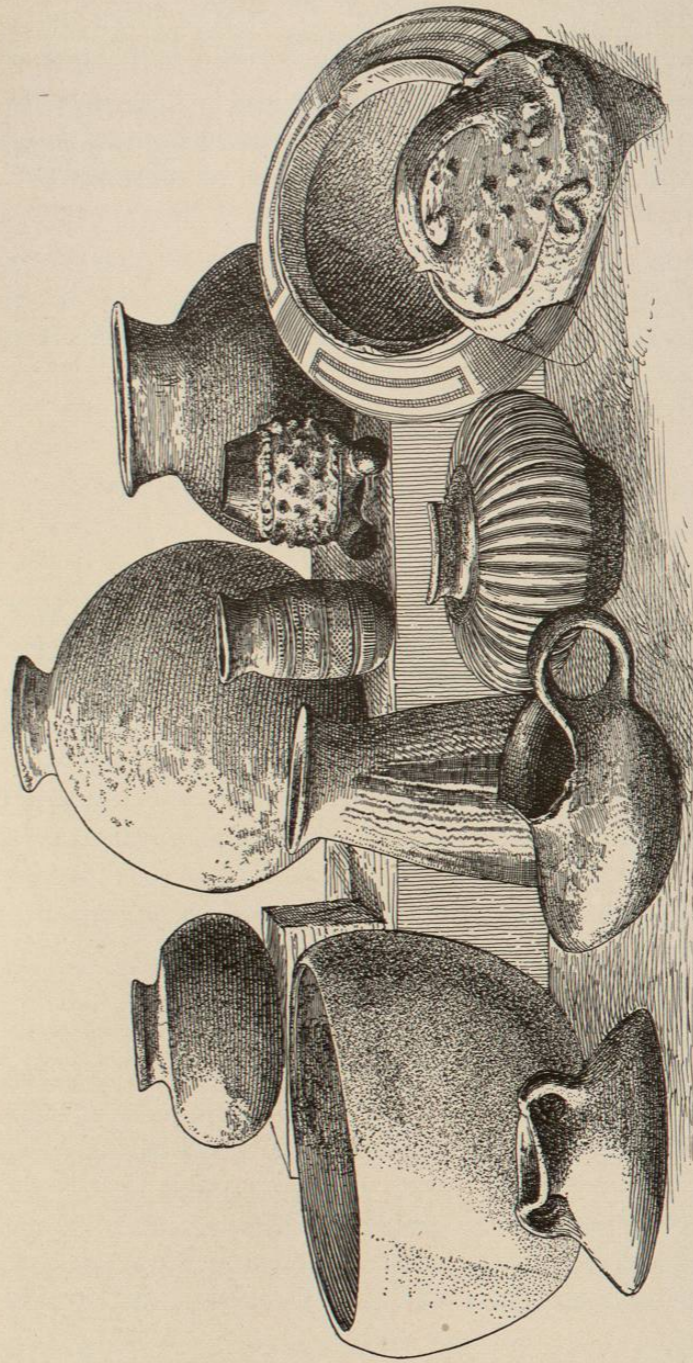
Aunque muchos tarascos tienen dientes malos é irregulares, poseen, los más, dentaduras magníficas, de piezas pequeñas y perlinas. Tienen los caninos, al parecer, como los incisivos, y los dos dientes frontales de en medio, en la hilera superior, están colocados como los de los huicholes. Según el Dr. N. León, entran los niños en la dentición de los seis á los nueve meses. Pueden andar al año y medio, y hablan á los dos años. La letra l no existe en lengua tarasca.

Las mujeres, para descansar, se encuclillan doblando

una pierna, y los hombres se encogen. Estos se mueven más lentamente que las mujeres, que caminan siempre de prisa, á cortos pasos y, á menudo, volviendo hacia adentro las puntas de los pies. Las mujeres son más limpias que los hombres, que se bañan sólo una vez al año, mientras que ellas lo hacen por lo menos cada dos semanas. Ambos sexos se lavan todos los días, al amanecer, la cara y los pies, al grado de que en Uruapan se tiene para ese objeto una artesa especial. En algunas partes, como por ejemplo en Arantepacua, sólo las mujeres observan esta costumbre, que procede, sin duda, de origen religioso.

La alimentación de los tarascos, aunque disfruten de cierta holgura, es tan frugal como la de los demás indios. Fuera de la Sierra, la pobreza hace muy dura la lucha por la vida. La gente vende la mayor parte del frijol que cosecha, y, como rara vez consiguen carne, viven principalmente de maíz, acompañado de cuando en cuando de yerbas ú hongos cocidos. Provee á la bebida común un arbusto llamado *nurite*, que se da en alturas mayores que la tierra caliente, y de cuyas hojas extraen un te parecido en el sabor al de la China, pero de más saludables efectos. Ayuda á la digestión, calma los nervios y es asimismo muy estimado como emenagogo. Tómase con el desayuno, y como las hojas no pierden sus buenas cualidades, aunque se sequen, pueden usarse en todo tiempo.

Los tarascos, como las demás tribus, gozan de completa salud. Muchos se pasan la vida sin saber lo que es una enfermedad, hasta que mueren de viejos. Sin embargo, el clima de la Sierra produce muchas toses, pneumonías y pleuresías; pero es cosa particular que la enfermedad que más prevalece es la ictericia, sobre todo en Paracho. Ataca á jóvenes y á viejos, durándoles en ocasiones varios años hasta llegar á un fatal resultado. En muchos casos esta enfermedad puede atribuirse á arrebatos de cólera, aunque la mayoría se deben á otras causas,—quizás á la falta de agua



Loza antigua coleccionada en mi trayecto de Iztlán á Arantepacua. Las seis piezas de la izquierda son procedentes de región tarasca. Altura de la vasija mayor, 27 cm.

corriente. También es muy general entre los tarascos la fiebre tifoidea, que, aunque no muy maligna, por lo común es mortal, porque no saben curarla.

Toda clase de enfermedad es llamada "Tata Mal," y se habla de ella con devoto respeto. Cuando hay cualquiera epidemia, de viruela por ejemplo, salen los indios de sus casas quemando incienso á fin de que la enfermedad llegue de buen humor á la familia; pero si resulta fatal, los deudos de la víctima se indignan contra la peste, dejan de llamarla Tata y apalean los rincones de la casa para desalojarla.

Cuando alguien ha estado padeciendo largo tiempo sin sentir alivio, recurren los tarascos á un procedimiento parecido al de los aztecas de Tuxpan. Presumiendo que el enfermo tiene el cuerpo torcido por haberse echado á cuestras, cuando muchacho, alguna carga demasiado pesada, llevan haces de diez ó doce cuerdas de diversos colores, sujetas con bejucos por varias partes, atan los pies del paciente á unas estacas clavadas en el suelo, y lo golpean de arriba abajo con los mazos de cuerdas. Antiguamente había mujeres especialmente encargadas de "destorcer" á los moribundos.

Con todo, los tarascos tienen algunos conocimientos de yerbas medicinales y de cirugía. Las mujeres de Parangaricutiro aseguran conocer un remedio contra la infecundidad y un cocimiento que produce el aborto. Saben también los indios sangrar y volver á su lugar los huesos dislocados. Curan las fracturas perfectamante bien, aplicando yerba seca y olores á manera de bendajes y tablillas. En toda la región tarasca, se cura la sífilis provocando con ciertas yerbas un sudor excesivo, en combinación con un sistema dietético de leche, arroz, gallina, papas y atole blanco. El tratamiento dura nueve días, pero la dieta se prolonga otros cuarenta. Hay mujeres que se dedican á

tales curaciones y cobran moderados honorarios por sus servicios. Muy difícil es resolver si este tratamiento es aborigen, pero así lo parece.

Ordinariamente nada gasta una familia en médico ni en remedios para sus enfermos; pero si alguno sucumbe, con-

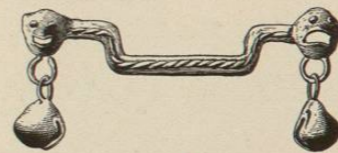


Tarascos de Cherán.

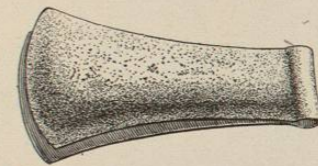
sumen, relativamente hablando, grandes sumas en los funerales. Suelen moler hasta cuatro fanegas de maíz, proveerse de un barril de aguardiente y matar una res. La fiesta se prolonga como tres días, durante los cuales bailan los indios toda la noche y parte del día al lado del cadáver tendido entre cuatro velas. Tócanse violines y guitarras y se cantan canciones en honor del difunto; la familia prosigue

en el mismo cuarto que el muerto, y todos se ponen una gloriosa borrachera. Hasta no haber consumido el último bocado, no se da por concluída la fiesta. En tales ocasiones, demuestra la gente la fuerza de sus estómagos, pues su inmoderado comer no parece influir en su constitución tanto como el aguardiente de los blancos.

En su estado primitivo, los tarascos son valerosos y rectos. Cuando los ladrones mexicanos hacían de las suyas en la Sierra, matábanlos sin piedad al punto como los cogían. Aun las mujeres pelean, valiéndose de la mano del metate como arma. En cambio, los tarascos civilizados pronto adquieren los malos hábitos de los blancos, y no hace muchos años encontrábanse muchas bandas de ladrones indios fuera



Antiguo adorno de cobre tarasco.  
De Santa Fe de la Laguna.  
Longitud, 5.5 cm.



Antiguas pinzas de bronce tarascas. De Santa Fe de la Laguna. Longitud, 7.8 cm.

de la Sierra. En el pueblo de Azaco, quince millas al este de Cherán, era tan ladrona la gente que, según decires, sólo Santiago, el santo patrono del lugar, no robaba, pero prestaba su caballo á los bandidos. Cuando mataban ganado ajeno, llevaban los corazones al santo para colgárselos al cuello. En Cocucho (*jarro de barro*), otra guarida de ladrones como á quince millas al oeste de Cherán, la gente adoraba, hasta hace poco, al diablo. Representábanlo con un armadillo armado de uñas y cuernos; llamábanlo "el Santo Cocucho," y le sacrificaban sus adoradores parte de su botín. Tan arraigada estaba la creencia en su poder, que una vez que había revolución, lo secuestraron los mexicanos para que les ayudara contra sus enemigos. Tuviéronlo guardado en un lugar oculto, y una vez al año lo sacaban de

noche en procesión, con antorchas encendidas, hasta que hubo de caer en manos de un sacerdote que lo quemó, dando de esa manera término á aquella idolatría.

Al observador casual, pueden parecer los tarascos fríos y estoicos, como la mayor parte de los indios; pero en realidad son de temperamento mucho más colérico, pues fácilmente se ofenden y montan en ira en un instante. Los adultos, por



Tarascos de Pátzcuaro.

supuesto, manifiestan su irritación menos que los muchachos, que más de una ocasión me dejaron atónito con los repentinos estallidos de su furia que fuera imposible reprimir. Las madres se entregan también á tal arrebató y alzan la voz á su más alto diapasón, sin que lleguen, no obstante, á pegarles nunca á sus hijos ni que les dure la excitación más allá de algunos minutos. Los hombres únicamente pelean cuando están ebrios, sirviéndose para ello en ocasiones de

unas varas de encino semejantes á las que usan como bastones cuando viajan. El suicidio es desconocido. Los niños muestran cariño á sus padres, y con los de su raza se manifiestan los indios tan bondadosos y hospitalarios como reservados y suspicaces con los demás.

Ante los extraños, el tarasco es cortés y se levanta siempre el sombrero; pero nunca se muestra servil. Por el contrario, cuando tiene algún cargo público, siente la importancia de su papel y adopta una actitud altiva. Como soldados, piden los tarascos mayor remuneración que los demás indios. Muchos abogados, escritores y sacerdotes distinguidos han sido tarascos de pura sangre. Los individuos de la tribu poseen por naturaleza el don de la elocuencia, especialmente las mujeres, quienes en presencia de la justicia alegan mejor y presentan más sólidos argumentos que los hombres mismos. Las siguientes anécdotas darán idea de la fuerza de su razonamiento:

Un sacerdote que estaba confesando á un indio, le preguntó: "¿Crees que Nuestro Señor Jesucristo vendrá á juzgar al mundo?" El indio repuso: "Sí creo, padrecito; pero ya verá usted como nunca viene." Sorprendido el confesor, exclamó: "Pero ¿por qué, hijo?" "Porque no le fue nada bien la primera vez que vino." Otra ocasión, decía el confesor: "Todo lo que Dios ha hecho es perfecto;" á lo que respondió un indio: "Menos los bules," refiriéndose á que los calabazos necesitaban ser partidos por la mitad para formar las jícaras.

Según Beaumont, el antiguo cronista de Michoacán, los tarascos eran los indios mejor parecidos de todos. No sólo eran valientes y hábiles en el manejo del arco, sino muy industriosos y sobresalientes en las artes manuales. Hacían multitud de objetos de obsidiana y construían flautas que podían imitar el trino de los pájaros, el rugido del tigre y el silbido de la serpiente.

Los antiguos tarascos hacían papel con el líber de la